Ken Sortais

GALERIA ALEGRIA

Lo inverso es recíproco

18.09 - 14.11.2025

Lunes por la noche, 23:30, estoy en el bulevar, sentado en un banco. A medianoche vuelvo a casa. Como ritual, siempre empiezo mis proyectos el lunes por la noche; me permite desmoldar antes del fin de semana. La calle está bastante concurrida, llena de gente y ruidosa, nada más normal en el centro de París. Observo a los transeúntes que también me observan y capto en sus miradas furtivas una curiosidad mezclada con cierta inquietud. Es cierto que mi aspecto no inspira mucha confianza. Estoy solo, vestido de negro, y tengo dos enormes bolsas de la compra a mis pies llenas de todo el material necesario para mi trabajo nocturno, incluyendo una cuerda grande que se sale de una de ellas. Además, estoy tomando una cerveza para relajarme, así que la gente debe de tomarme por un vagabundo o un ladrón. En cualquier caso, por un tipo sospechoso a punto de hacer algo malo. Una pareja, en su apresurado caminar, me mira con temor. Esta vez, la incomodidad que ya sentía se transforma en reproche y juicio, como si hubieran comprendido lo que seguía en mi programa y me acusaran de querer embarcarme en semejante aventura. Mi nivel de paranoia va en aumento, con adrenalina y miedo añadidos. Clásico, este cóctel me acompaña a menudo en mis expediciones nocturnas, con intensidades que varían según los objetivos elegidos. Esta noche, la intensidad es altísima. El cóctel PAM es un estimulante, aumenta mi capacidad analítica y mi reactividad, agudiza mis sentidos, excepto la vista, ya que soy miope, pero preferiría morir antes que usar gafas. ¿Tengo derecho a hacer lo que me dispongo a hacer? ¿Es bueno? ¿Es malo? Claro que tengo derecho, claro que es bueno, incluso es una idea genial, es mi verdad en este mundo mentiroso. Marcel Duchamp dijo que todos los artistas tienen la ilusión de ser genios; eso da sentido y asombro a sus vidas. Estoy dispuesto a creerlo, pero por una vez creo que mi idea es realmente brillante. Bueno, es casi medianoche, tengo que irme, y empiezo a sentir ganas de cagar, un posible efecto secundario del cóctel PAM. No es el momento, intento olvidar. Cojo mis bolsas y me dirijo hacia la puerta del parque que bordea el bulevar. Espero a que pasen los coches y los peatones y salto al otro lado. Un poco más lejos, en la oscuridad, hay un gran muro; es el segundo obstáculo. Me acerco; debe de tener unos cinco metros de altura. Saco la cuerda y el gancho de agarre de la bolsa; mi objetivo es agarrarme a una de las barras de la puerta situada en lo más alto del muro. Una vez hecho esto, ato las dos bolsas a mi pie izquierdo con otra cuerda y empiezo a subir. Una vez arriba, levanto las dos bolsas con la cuerda que até a mi pie. A pocos metros de mí hay una pequeña abertura, la única forma de pasar. Me deslizo por ella, evitando en la medida de lo posible quedar atrapado en el alambre de púas que protege el acceso. Al otro lado de la puerta, solo tengo que saltar porque el nivel del suelo es más alto. Listo, estoy en el cementerio.

Casi al instante me invaden las ganas de cagar, es ahora o nunca. Hago mis necesidades entre las tumbas y me río mientras cago, río aún más imaginando al guardia que me sorprendería con su linterna, paralizado como un animal ante los faros de un coche. Una vez aliviado, me dirijo hacia mi objetivo, sin perder la guardia. Cuanto más avanzo en el cementerio, más tranquilo se vuelve; pronto dejo de oír los ruidos de la ciudad y solo me ilumina el cielo. El lugar me inquieta, pero conservo la calma, sé lo que tengo que hacer. Siempre he tenido debilidad por los cementerios, y no es la primera vez que vengo a trabajar allí. Recuerdo que, cuando estaba en el Beaux-Arts de Ruán, hace unos veinte años, le tomé fotos a la que era por aquel entonces mi novia en ropa interior, tumbada en posturas ambiguas sobre las lápidas. De pésimo gusto, pero que sin duda habría complacido al profesor Choron.

Llego a la escena del crimen, la tumba está frente a mí, 330 x 200 x 100 cm. Nunca había hecho un molde de un objeto tan grande. Durante mi exploración diurna, la busqué durante mucho tiempo antes de encontrarla. Es exactamente como la imaginé, ni demasiado pequeña ni demasiado grande, el formato ideal para mi proyecto de exposición en la Galería Alegría. Una forma entre la casa, el castillo y la iglesia, cubierta de líquenes. Durante años he querido hacer una huella de una lápida para hacer una escultura inflable. Mi sueño sería moldear varias de ellas y crear una estructura enorme, una especie de cementerio inflable donde los niños pudieran venir a saltar y divertirse. Rebotar encima de la muerte, eso sería genial.

Mientras tanto, me conformaré con esta magnífica tumba que encontré y que seguro me dará mucha faena. Empiezo a organizar mi lugar de trabajo y me dirijo a las criptas circundantes donde escondí todo mi equipo pesado y voluminoso durante el día, incluyendo unos veinte litros de látex. Empiezo la primera capa; me lleva cinco horas. Nada que reportar durante la noche, ni un solo gótico a la vista, calma total. Mi única compañía habrá sido la del viento, los portazos, el graznido de los cuervos y las moscas. Las moscas siempre están a mi lado cuando trabajo con látex; las atrae el amoníaco que le permite permanecer en estado líquido. En el cementerio, el vuelo de las moscas a mi alrededor cobra un nuevo significado; pienso en los cuerpos en descomposición que quizás no estén lejos de mí, en la materia que se transforma. Me vienen a la mente imágenes de "Phenomena" (1985) de Dario Argento, donde una joven, dotada de poderes extrasensoriales que le permiten comunicarse con insectos, sigue a una mosca capaz de detectar cadáveres a largas distancias, lo que la lleva a la casa del asesino. Argento, cuyo personaje, el librero Kazanian, dirá en su película "Infierno" (1979): "El único misterio real es que nuestras vidas están gobernadas por los muertos". Curiosamente, pienso mucho menos en los difuntos que me rodean de lo que habría imaginado, probablemente porque estoy demasiado concentrado en mi tumba, pero sé que en parte es por ellos que me he metido en este atolladero. Sería bonito tener algunas moscas para mi exposición en la Galería Alegría, y por qué no algo de comida, es para pensarlo .

Sobre las 5:30 de la mañana terminé. Usé 16 litros de látex. Me preocupa porque necesito hacer al menos cuatro capas antes de desmoldar, lo que representa casi 70 litros. ¿Cómo voy a cargarlo? Pase lo que pase, no puedo echarme atrás. Al día siguiente, por la tarde, estoy allí para traer 20 litros de látex para mis próximas noches. Guardo el recipiente en uno de mis escondites. El cementerio se ha convertido, de alguna manera, en mi taller. Además, a fuerza de manipular equipo a diario, varias veces los turistas me piden información sobre la ubicación de los baños o la tumba de algún famoso, creyendo que soy uno de los guardianes del lugar. Respondo a sus preguntas y acepto el papel que me asignan. Me gusta mucho que me tomen por guardián; significa que me mimetizo con el entorno. Me siento en un escalón y observo a la gente pasar junto a mi tumba cubierta con su primera capa de látex, un blanco brillante y viscoso. Los curiosos se detienen, observan y continúan su camino. Me quedo sentado un rato, observando este ballet entre los espectadores y mi obra en proceso. Pienso en el ambiente que quiero crear en Alegría y en mi investigación actual sobre la escultura al vacío y la compresión. Si utilizo este proceso para la exposición, ¿a qué aspiro? Los turistas siguen pasando frente a mí, todos nos observamos de reojo, como cuando estaba en mi banco del bulevar. ¿Y por qué no crear vacío sobre los humanos? Pienso en mis moscas y mi comida, y lo conecto con un cuento de Baudelaire que acabo de leer, en el que evoca la época en el antiguo Egipto en la que no se servía una cena sin que se colocara sobre la mesa un objeto que recordara la muerte. La idea surge de ahí: inflar la muerte y succionar la vida. «Lo contrario es recíproco».

Unas horas después, me encuentro en el mismo lugar, pero completamente solo. Es de noche. La sesión de trabajo es un poco menos agotadora que la del día anterior porque estoy acostumbrado a la postura correcta para pintar y me canso menos. Mi miedo nocturno es el coche de los guardias que pasa a las 2:30 frente a la inmaculada tumba de látex; por suerte, lo oigo desde lejos y tengo tiempo de esconder mi equipo. Me he salvado por los pelos.

Las siguientes 48 horas transcurrieron sin incidentes, siguiendo la misma rutina. Estaba en una especie de trance, sin dormir mucho, ultradespierto como si fuera una especie de muerto viviente, todo mi tiempo regido por mis idas y venidas en el cementerio.

El viernes por la noche, la noche del desmolde, el momento más atlético, tuve que cortar la piel en varios sitios para poder sacarla. Todo salió bien, a las 4 de la mañana terminé. La piel de la tumba estaba a mis pies; era demasiado pesada para pasarla por encima de la pared. Tuve que esconderla en un panteón cercano antes de ir a recogerla por la mañana a la apertura del cementerio, con la esperanza de que todavía estuviera allí. Hablo un rato con el castillito que moldeé, le agradezco lo que me dio y me voy.